

LA HISTORIA IGNORA LA LINEA RECTA

Ramiro Ruiz

Para los latinoamericanos no hay tiempo ni posibilidades de pensar en la cultura. La idea de los pagos para sobrevivir obstruye a la gente a pensar en sí misma. A esto se une la imagen alusinante que tenemos de que todo transcurre a velocidades impredecibles, y nuestras vidas son fugaces: tenemos, entonces, conciencia de la historia.

Gonzalo Rubio vivió cambios sucesivos y convulsiones sociales y culturales que a veces nos angustia y otras nos maravilla. El primer paso del hombre a la luna, la Revolución cubana, la televisión a color y vía satélite, las computadoras portátiles, el derrumbe del Muro de Berlín, el teléfono celular, parecían hechos consumados, pero han llegado a un presente cotidiano. A pesar que algunos hechos son menos profundos y decisivos de lo que pensamos. "La diferencia, la heterogeneidad, pluralidad, novedad, evolución, desarrollo, revolución, historia: todos esos nombres se condensan en uno: el futuro. No el pasado ni la eternidad, no el tiempo que es, sino el tiempo que todavía no es y que siempre está a punto de ser".

Con el pretexto de dar por terminado el subdesarrollo, Gonzalo Rubio presenció la degradación de nuestro estilo de vida, y por supuesto, de la cultura. La irreflexiva aplicación de la técnica ha producido desdichas éticas y estéticas. Hemos perdido

gracias a la técnica y ha ganado el fetichismo del progreso cueste lo que cueste. Es posible que no podamos escapar a la condena del desarrollo: hagamos menos inhumana esa condena.

La división del mundo

Cada sociedad se asienta con un nombre para identificarla y distinguirla. El nombre divide al mundo en dos: cristiano-pagano, civilizados-bárbaros, tradicional-moderno, nosotros-ellos... Esta sustantivación y adjetivación funciona en el interior de las sociedades, pero también, lo que es peor, en el exterior. Cada vez que los europeos o norteamericanos de antes y de hoy han tropezado con otras culturas y civilizaciones, nos han llamado invariablemente "atrasados". Atrasados en relación a qué o a quién, se preguntaba Gonzalo Rubio.

El mundo occidental está metido en la modernidad (algunos países, algunas etnias ni siquiera conocen el nombre "modernidad"). Otros países valorados por la riqueza material están alejados de lo moderno, son postmodernos. En nuestros días apenas si quedan válidos los nombres de creyentes, infieles, ricos, inmundos. Los nuevos paganos, los analfabetos, los pobres que apenas pueden seguir de pie en este planeta, se encuentran por millones y tienen otro nombre: "subdesarrollados". El adjetivo "subdesarrollado" pertenece al lenguaje anémico de los países grandes.

En sus libros, Gonzalo Rubio disolvió estas mediciones. Las civilizaciones y culturas no se pueden medir como se mide el ingreso Percápita o el Producto Interno Bruto. No hay una sola civilización, no hay ninguna cultura que sea lineal: la historia ignora la línea recta.

En busca de un lenguaje

Lo importante en Gonzalo Rubio es la búsqueda de un lenguaje y la lucha contra el envejecimiento de las ideas y del tiempo que todo lo armoniza o lo olvida. En la actualidad se ha exaltado

el significado de "juventud" y sus valores con tal frenesí que se ha hecho culto y superstición. Sin embargo, nunca se ha envejecido tanto y tan pronto como ahora. "Nuestras colecciones de arte, nuestras antologías de poesía y nuestras bibliotecas están llenas de estilos, movimientos, cuadros, esculturas, novelas y poemas prematuramente viejos".

Gonzalo Rubio comprendió que los pueblos utilizan el lenguaje de su pasado sin interrogarlo, y más que vivir de sus tradiciones, viven con ellas y para ellas. Comprendemos la dedicación de las mejores horas de cada día a pensar en los acontecimientos de las personas y de las sociedades, sus diferencias, sus puntos comunes, y su explicación de lo substancial del hombre ecuatoriano.

Por desgracia (o felicidad), las cosas suceden una sola vez, son irrepetibles. Pero el drama de la vida no le toca sufrir a una sola persona sino a una colectividad. Lo que se propone un historiador como Rubio es escribir historia y construir, a partir de esta escritura, una realidad aparte y autosuficiente. La vida intelectual y la otra, la cotidianamente humana, necesitó de la razón crítica aplicada a la historia, la sociología y antropología. La escritura sensible a la historia le convirtió en constructor de su propia arquitectura de la razón. Su lenguaje no es de los sueños, sino de los hechos. Lenguaje genuino y original. El lenguaje es el vehículo para encontrar el fundamento de las sociedades, el cambio sucesivo de la historia y el tiempo. Sólo así se puede explicar que un hombre como Gonzalo Rubio haya escrito con inmenso amor a su país más de veinte libros sobre educación, historia e indigenismo.